

Colofón

Crónicas del paraíso sitiado

Este libro, como en una visita turística, es un itinerario guiado. Contiene textos escritos en los años sesenta. Si guardan sentido y el gusto de lo presente, es el lector quien deba decidirlo. Su presentación es temática, es decir a posteriori, no se sigue una cronología. Su variedad, en una primera lectura, me desconcertó. Chabuca Granda, Wright Mills, la Iglesia, Orwell, la India, San Marcos, Scorza, Teresa de Ávila. Luego, al ponerlas unas al lado de otras, aparecieron afinidades, lo digo sin ostentación, un orden hecho de reiteraciones, como si descubriese mi personal mitología, temas que me obsesionaron por lo visto desde siempre. A saber: la escena internacional, lo indígena y lo criollo, Lima y lo limeño, la educación, los jóvenes. Curiosamente, la política peruana está presente, pero tanto como ella, acaso un poco más, el retrato de intelectuales de todas las épocas, es decir, el tema de la intelligentsia. Lo que no es simple, y que motiva este colofón, es explicar el contexto y circunstancia de esas crónicas. Me esforzaré en decir por qué se editan, en reconstruir el panorama de los años sesenta, y a vuelo de pluma, la personalidad de los fundadores de *Expreso*, mi vida y aprendizaje en ese diario, y finalmente, las razones por las que voluntariamente me alejé, premunido de algunas severas intuiciones acerca de ese país de los años sesenta.

Crónicas, vedemécum y sorpresa

Antología no es. ¿Saben cuál es el término correcto que recomienda la real academia para antología? El muy presuntuoso de florilegio, "colección de trozos selectos" pero está claro que nadie puede antologizarse a sí mismo. Tampoco es compendio, se publican estas crónicas de los años sesenta sin enmiendas ni correcciones. La investigadora que las ha extraído pacientemente de las hemerotecas ha contado algunas miles. Que me perdone la ecología, los árboles sacrificados como pasta de papel periódico.

¿Qué son entonces? Una recopilación. Decirlo es admitir la arbitrariedad y el azar. ¿Por qué, sin embargo, perpetuarlos?

El recojo de estos artículos no tuvo como inicial motivo la presente edición. Quise tenerlos como vademécum personal, agenda privada. Y probable prontuario de errores. He explicado en el prefacio de una obra anterior (1) cómo, desde el inicio de los noventa, por razones científicas, morales, éticas, existenciales, decidí revisar a fondo las categorías fundamentales de mi comprensión de la historia contemporánea, de las ciencias sociales, de mi misma actividad intelectual, en desgarrada y también gozosa revisión de epistemes y paradigmas, tarea que de una cierta manera me sigue habitando, y que me acompañará hasta la visita del ángel de la muerte. Profesor titular en Tahití, en prosecución de esa finalidad, se me ocurrió que debería releerme. Tras mí, en efecto, hay años de producción de ideas. El problema es que si bien mi vida intelectual ha seguido un derrotero con alguna coherencia, mi vida sentimental y humana, en cambio, ha sido fragmentada como la de un nómada, cambié de país, oficio, domicilio, nacionalidad y de esposas. Soy de alguna manera un errante, lo digo sin aflicción, hay mucho de deliberada disponibilidad en ese nomadismo, pero con existencia tan portátil, no se lleva consigo un archivo. Decidí, pues, recuperar lo escrito, la desperdigada escritura de periódicos donde, si no había dejado mi sangre —como quería Nietzsche—, sí intuiciones y presagios puntuales. Comencé, pues, por los del diario *Expreso*, donde, muy joven, fui columnista de planta. Fue así como Anita Castañeda fue durante varios años a la Biblioteca Nacional de Lima y a otras hemerotecas, para rescatar estas crónicas, recogidas con paciencia benedictina, no sin dificultad —los archivos nunca son completos—, halló que faltan tomos enteros, por ejemplo el del primer año de *Expreso*, 1960, desaparecido. En fin, un día puso en mis manos un buen centenar de mis crónicas. Cuando las escribí, tenía entre 23 a 27 años. Las volví a abrir cuarenta años después.

Confieso que las recorrí con temor. Su lectura fue un choque intenso. Esas crónicas estaban ahí, defendiéndose, con una argumentación propia que no había ajado el tiempo, y ante mi asombro, de pie. Uno de los riesgos de la longevidad es el de volverse heredero de sí mismo. Editarlas resultaba un atroz convencionalismo. Ignorarlas, un castigo innecesario. Hay entre su primitivo autor y quien ahora escribe, un lapso que me autoriza a pensar que más allá de establecer el retrato de un intelectual joven de mediados del siglo veinte, son también un paisaje generacional, un cuadro temático no

solo del autor sino de amigos, de frecuentaciones: César Calvo, Mario Razetto, Max Hernández, Moisés Lemlij, Félix Nakamura, Arturo Corcuera, las hermanas Castañeda, Fernando Fuenzalida, "Coco" Plascencia, Abraham Lama, Aurora Colina, y aunque algo mayor que nosotros, Manuel Scorza. Qué de conversaciones, o de sugerencias, tomaron el camino de mis notas periodísticas. Eso también me animó a rescatarlas, un clima, un tiempo.

Es abrumador reflexionar sobre escritos tan lejanos, por eso he acudido a un par de amigos para que me acompañasen en la tarea de significarlos. Uno, dilecto, iniciado en el periodismo en el mismo diario, en la misma sala de trabajo, Raúl Vargas. El texto de Raúl que va en esta misma edición, es otra exploración de lo mismo, del repertorio sentimental e intelectual de nuestra manera de ver el mundo, el Perú, los peruanos y la historia misma; de otras tantas posibilidades de lectura que a él se le ocurran. La otra apuesta no deja de ser osada y creo, necesaria. Pedí opinión a un joven de estos días, con éxito, inteligente, con premios y una curiosidad intelectual que me recuerda la de algunos de mi generación. Se trata de Alberto Vergara Paniagua. En uno de sus relatos autobiográficos, Jorge Luis Borges imagina un encuentro con el adolescente que fue. Yo, por razones de prudente pereza (y de conocimiento de mi poca disposición para la ficción) he preferido, en este juego de sombras, solicitar a quien desde su juventud, pueda hacer lo que me es imposible. El lector ganará.

¿Cuál puede ser la memoria que yo tenga de esos años? ¿En qué medida no trampeo y confundo mi personalidad de hoy con lo que fui? Para Bergson memoria es la "conservación y acumulación del pasado en el presente". En Freud un trabajo de inscripción, de reinscripción y de transcripción. Y si me pregunto qué pudo impresionar a ese joven periodista, sugiero un *Zeitgeist*, un espíritu del tiempo, por elusiva que sea la noción, no encuentro otra. Para los graves muchachos que éramos, escritores en *Expreso*, el día comenzaba mirando el mundo abierto como una confesión o una manifestación de esencias reveladas a nuestro talento: cine, libros, acontecimientos. Escribíamos para pensar, pensábamos para escribir, y encima, por eso nos pagaban. Eran años dichosos en el sitiado paraíso, Abelardo, Raúl, Carlos, y acaso no lo sabíamos.

Los años sesenta. *Zeitgeist* o taller del tiempo

Amenos, sentimentales, estudiosos, eróticos, frescos, locos, ilusionados, angustiados, rumbosos, los sesenta han inventado su propia mitología. El siglo estaba joven, era un muchacho con los cabellos largos que escuchaba rock o un guerrillero, o una muchacha vestida como gitana en colores vivos. El aire del tiempo era como ligero en política, amores, riesgos y curiosidades, una levedad de las cosas y la existencia, la historia no había desembocado en mercado, creíamos el porvenir grávido de unas creencias que sin embargo ya estaban heridas de muerte. Éramos jóvenes, el mundo era terriblemente joven. Esperábamos de la vida, modestamente, todo. Los caminos llevaban a Katmandú o falta de medios, a un Cusco *hippie* que ha dejado de existir.

Pero las utopías comenzaron a cobrar sus muertos. La década de los sesenta fue la de los grupos revolucionarios; en 1963, la muerte de Javier Heraud, en 1965, la de Luis de la Puente Uceda. Por otro lado, ocurrían deshielos inesperados, el Leviatán de la Iglesia se desperzaba después de una siesta de siglos, y 1962 fue el año de Vaticano II y de Juan XXIII. Seguí de cerca el fútbol que entonces era Cubillas, Chumpitaz, Mifflin. El cine, Antonioni, Fellini y Godard; *Jules et Jim* es de 1962. También las aventuras de 007, James Bond con el rostro de Sean Connery, el mejor agente secreto de su majestad británica. En 1962 muere (la matan) Marilyn Monroe. Quedó su gracia, su belleza. Por esos años vimos boxear a Muhammad Ali, en 1964, en una televisión todavía sin color. Algo de excesivo tuvo la década, fabricó mitologías concretas., Muhammad Ali en el box, como en el cine Marilyn, el siglo no hizo nada mejor.

Nunca seremos los mismos después de los *Beatles*, la minifalda y la píldora anticonceptiva. Hace poco, en una sinopsis sobre el siglo XX desde sus objetos fetiches, me olvidé de la píldora, y Mati Caplansky me lo reprochó, y con razón. En cuanto a los *Beatles*, no hay vuelta, los muchachos proletarios de Liverpool –Paul McCartney, John Lennon, George Harrison y Ringo Starr–, el rock cambió un mundo. Fue de la mano de lo que nos parecía un invento sensacional, el transistor (antes del walkman, 1979, Japón). El rock, religión musical de una cultura diferencialista ante los adultos, convirtió para siempre a los jóvenes en un grupo autónomo. Pero el optimismo de esos años es la minifalda. La década se estaba acabando, yo ya vivía en Europa, y de pronto las hermosas muchachas se echaron a lucir

unas piernas interminables mientras la falda se recortaba más allá de todo lo que hubiesen soñado los varones en los últimos milenios, aquello fue un estrago de gozo sin límites. Recuerdo haberlo comentado con Moisés y con Max, por entonces en Londres, la nueva moda, lejos y cerca de la desnudez. En el mundo occidental que comenzaba a enriquecerse, enterrada la misma posguerra, esos años fueron de una libertad sexual sin precedentes, entre anticonceptivos y antibióticos, la vida se desbocaba. No había sombra de sida. La religión del gozo «Que lo bello –según sabemos– empieza por un cuerpo» (Luis Antonio de Villena). Pero de pronto, todo se hizo *marketing*, los mismos *Beatles* daban la señal del retorno y comenzamos a acercarnos a la planicie de resignación de estos tiempos.

Los sesenta, libertinos y angustiados, fueron los años en que en Israel se juzga y castiga al criminal de guerra Eichmann, pero en agosto de 1961 se comienza a levantar el muro de Berlín. Al Este se perdía la batalla del socialismo aunque en el Caribe se alzara la estrella de Cuba. Era un tiempo de progreso y retroceso, absurdo como el teatro de Ionesco. En el occidente ya en plena prosperidad, la protesta, divina sorpresa, vendría de la contestación o rebelión de los estudiantes, y no de los trabajadores, en Berkeley, París, Tokio, Madrid. Al capitalismo lo enfrentaba un fenómeno nuevo: espontaneidad, imaginación, gozo, Mayo del 68.

Los sesenta son la guerra fría, lo peor había pasado pero no lo podíamos saber. Me refiero a que en 1956, en el histórico XX congreso del partido comunista de Moscú, Kruschev había revelado la extensión del terror de Estado en los años de Stalin, la política de desestalinización que emprende, era ya un síntoma de distensión. Además, el mismo Kruschev había visitado los Estados Unidos. Pero igual, las dos superpotencias competían, y en particular, en la carrera del espacio. El cielo disputado, como en otros siglos, los océanos, y Yuri Gagarin el 21 de abril de 1961, a bordo del módulo soviético Vostok, a 300 kilómetros de altura, da una vuelta en torno a la tierra en 1h 29 minutos, en el primer vuelo tripulado. Los norteamericanos no tardan en reaccionar y en 1962, John Glenn no da una sino tres órbitas. El mundo, en los sesenta, estaba cambiando, pero no hacia donde creíamos, y aparecen por entonces los primeros robots en fábricas. Esa grande mutación tecnológica, pasó desapercibida. Nuestra recalcitrante capacidad de desacierto.

Me llamaba la atención un vasto fracaso que entonces me parecía esplendoroso. El inmenso proceso de descolonización. En efecto, franceses, ingleses, belgas, dejaban el África para dejar sitio a lo que llamaron, con sorna, una "burguesía roja", la improvisada franja de antiguos caporales, seminaristas y empleados de color de la administración colonial, nuevos déspotas, nueva clase corrupta, nepótica, arrogante, poco importa que nativa. Pobre África: la independencia es Bokassa, es Mobutu en Zaire (antiguo Congo-Kinshasa), personajes regresivos. Tampoco iban de mano muerta al interior de los Estados Unidos, en los sesenta asesinan a Martín Luther King y en Dallas, el 22 de noviembre de 1963, a John Kennedy. En 1965, se funda la OPEP y comienza la larga crisis del petróleo. Brasilia aparece, la primera ciudad planificada en nuestro desorganizado continente. La revolución cultural china es más tardía, arranca en 1966, fueron diez años de represión y terror, se detiene cuando Mao muere en 1976. Los Estados Unidos de 1960 a 1965 son los de los estudiantes de la contracultura, el hombre en la luna y la guerra de Vietnam, de la que se retiran avergonzados en 1975. La muerte del *Che* es de 1967, y yo no estaba más de periodista y *Expreso* había cambiado de dueños y de destino.

Era un tiempo ilusionado. El Perú de los sesenta sorprendía por su apertura política, estaba terminando un gobierno civil su vida normal, los apristas reintegrados y no en prisiones ni cárceles, parecía amanecer un sistema de partidos nacionales. Había incluso, un cierto auge económico, el *boom* de exportaciones que se inicia con la demanda externa de la guerra de Corea y que benefició a la dictadura de Odría, se proseguía. Aparecía una clase media nueva, los polos industriales de la costa atraían los migrantes andinos, y la prueba de que algo cambiaba, éramos nosotros mismos, un gran diario en medio de los tradicionales. Hasta donde recuerde, una sorpresa de los años 60 fue descubrir que los peruanos éramos más. El censo arrojó unos 10 millones, el país comenzaba a ser un hervor de generaciones nuevas.

Años como bajeles ligeros, me dejaron recuerdos. El más intenso que conservo es el de una mañana del 63, habíamos ido a la playa con la que era mi compañera, una anticipada mañana solariega en las afueras de Lima, cuando la radio portátil comenzó a dar la noticia del atentado al presidente Kennedy. El "flash" nos perseguía cuando volvíamos velozmente, y la agonía, y la muerte de Kennedy. Hicimos en *Expreso* un número excepcional de sombríos pronósticos, todo era posible, incluso una

represalia sobre Cuba, cualquier cosa podía ocurrir. Indeleblemente, hay otro momento, tenso, al borde de un pavoroso abismo. La gran amenaza de un conflicto nuclear, casi se realiza, fue la noche de los misiles, octubre de 1961. Con fotos aéreas, el alto mando político-civil había convencido al presidente Kennedy que en Cuba los soviéticos instalaban rampas para proyectiles balísticos con cabezas nucleares. El resto, ya lo conocen. Los americanos bloquearon por mar la isla, y mientras un convoy ruso se acercaba, subió al tope la tensión mundial. En *Expreso*, con la ayuda de algunos termos, paciencia, dosis enormes de café y uno que otro trago, muchos velamos el casi fin del mundo. El diario se convirtió en una suerte de sala de espera del apocalipsis, y la gente más alerta de Lima, y no sólo periodistas de planta, estuvieron al pie del teletipo. Los Mujica Gallo, Ricardo Grau, Manuel Scorza, Juan Ríos, Sebastián Salazar Bondy, entre los que me acuerdo. En la madrugada del 28 de octubre, Kruschev cede. Fueron altas noches, lívidas como la amenaza. Un cierto pesimismo nos quedó, creo, a todos. «Como en pocas ocasiones de la historia el hombre se ha enfrentado a una encrucijada. Un camino lleva a la desesperación y la impotencia absoluta. El otro lleva a la extinción definitiva. Roguemos a Dios para que nos ilumine en el momento de tomar la buena opción». (Woody Allen)

La fugacidad del tiempo, la maleza del pasado imperfectamente convocado me obliga a un final ejercicio. Con sinceridad, ¿qué me marcará para siempre? Al menos dos experiencias directas, a mi juicio descomunales. Vi la marcha de los campesinos sin tierra hacia su propia autonomía cuando las grandes movilizaciones de las recuperaciones o invasiones de haciendas en el sur cusqueño. Fue mi primer libro, un conjunto de crónicas veraces que escribí sin ánimo ni de editar ni de tergiversar ideológicamente, y Raúl Vargas, que acaso no se acuerde, hizo la reseña, dijo que me había olvidado de que era lo que pensaba o estudiaba, y que humildemente, me había vuelto un "cronista de indios". Nunca nadie dijo nada mejor sobre ese libro insobornable. El problema es que comprendí, muy anticipadamente, un par de cosas. Que los campesinos se batirían por la tierra y no por la lucha para ellos abstracta del poder nacional.

Vi también en acción el "principio esperanza" (Ernst Bloch). Escenas de plazas, calles y barricadas parisinas, la historia como revelación de lo inesperado, Mayo del 68. Soñar los sueños en vigilia, eros y civilización. Ocurre fuera de Lima, sin duda, no hay trazo en mis crónicas, pero cierra

esa etapa vital y de indagación. ¿Mayo del 68, qué fue? Psicodrama, crisis de la universidad, fiebre generacional, crisis de civilización, otra forma de la lucha de clases. ¿Una combinación de las revoluciones del XIX más el individualismo narcisista que se expande en occidente desde esos años? ¿Fue una expresión utópica, comunitaria, según Cornelius Castoriadis? O, según otros ¿una revolución de los individuos contra los poderes? Como movimiento político fracasó, como movimiento social, la libertad en usos sexuales y mentales, es una onda de expansión constante. Fue la gran explosión en mi carne y mente, un individualismo revolucionario era posible. Vi abrirse nuevos posibles, como los que al otro extremo del mundo, había presenciado en 1964, con la marcha de los campesinos por la tierra. La historia no era solamente sorpresa, revelación, bifurcación sino inesperada convergencia. La exigencia del individuo, base del liberalismo, y las de la colectividad, base del socialismo, podían encontrarse. Pero por razones que sobrepasan este texto, esa doble experiencia de "que lo extraordinario se vuelve concebible" (C. Lefort), ora cusqueño-rural, ora parisina estudiantil, el "*experimentum mundi*" se quedó en inspiración personal, imposible de transmitir a mi generación. Y me pregunto por qué. Quizá porque ambos fenómenos, que a mí me nutrieron, caen fuera del campo de lo que llamó Lucien Goldmann, la "conciencia posible de una clase". Porque ambos se autoprodujeron, lo cual era una idea temible al poner en cuestión la idea misma de vanguardia. Y por una razón adicional, los estudiantes europeos radicalizados y los campesinos andinos que se movían con sus propios líderes, fueron dos formas vencedoras de una misma y distinta dialéctica conflictiva pero triunfante. Los indios se quedaron con las tierras recuperadas, y la condición de los estudiantes cambió radicalmente. Vencieron, y eso fue lo malo. Los intelectuales estamos tan acostumbrados a la derrota.

Nuestras izquierdas, heredo-católicas, sólo resienten los síntomas de la historia en el *pathos* de la situación de víctimas. Los vencedores siempre son sospechables. El *Che* murió, es decir, estaba en lo cierto. Blanco y Béjar, sobrevivieron, en consecuencia, estaban en el error. Mucho de lo que compondrá la izquierda peruana de los setenta, tiene un relente de sacristía. En cuanto al capitalismo occidental capaz de absorber sus crisis y progresar mediante la gestión de sus propios conflictos, una Europa comunitaria como uno de los polos de la economía mundial, desde los 70, como fenómeno resultó, para la izquierda latinoamericana, absolutamente incomprensible (una vez más, "los límites de la conciencia posible" de

Goldmann), y cuando esperaban el derrumbe del podrido mundo occidental lo que se desplomó fue la URSS. No llevé, sin embargo, el duelo. Se habían hundido las burocracias no la utopía, como alcanzó a prevenirnos Octavio Paz antes de morir. Hay que saberlo, aunque para la aparición de otro porvenir de fraternidad, de otro asalto al cielo, pasará tiempo. Pero ocurrirá, aunque no sepa cómo ni cuándo. Seguimos en la prehistoria, la historia del hombre sin alienación ni miedo no ha comenzado (K. Marx). Este mundo no es el nuestro, porque el mundo humano no ha nacido todavía (Ernst Bloch, *El principio esperanza*, 1959).

Manongo Mujica Gallo, Encinas, Villarán. El milagro del primer *Expreso*

En el origen de toda empresa humana hay siempre una voluntad, un creador. El fundador de *Expreso* se llama Manuel Mujica Gallo. Muchos creen que Manuel Ulloa, no, él vino después, cuando abrumado por los gastos, el riquísimo hacendado que era su principal accionista, tuvo que vender acciones para no acabar de arruinarse. Su esposa e hijos quedaron, como hasta ahora, de accionista muy menores, lo digo para de paso exonerarlos de la triste deriva de ese gran diario (2). "Manongo", para no sólo los amigos, para todos, era fundamentalmente un hombre afortunado e inquieto. Los Mujica Gallo ejercían una rara actividad, romana e imperial, la del mecenazgo. Uno de ellos, funda lo que conocemos el Museo de Oro. El otro, entre muchos otros intentos de periodismo, *Expreso*. En las tertulias del Club Nacional, del que eran socios (obviamente), las malas lenguas decían que uno de los hermanos se dedicaba a coleccionar piezas de oro y el otro papel periódico. No dejaba de ser verdad. Pero a esa obstinación le debemos que cambiara el paisaje de la prensa limeña, una suave revolución del diarismo del que como tantos otros hechos nuestros, profundos, viscerales, carece de relato justo. Déjenme intentarlo.

La historia de *Expreso* es la de variadas coincidencias. La de la elecciones presidenciales, la necesidad de un órgano de prensa que expresara un punto de vista desarrollista, y en cierta manera, una generación, la nuestra. La noticia de los preparativos me llegó por Miguel Pons Couto, otro de los fundadores. *Expreso* nace porque gente dispuesta a arriesgar capitales, buscaba salidas. Un grupo de hombres ricos y liberales en el mejor sentido de la palabra, andaban detrás de la candidatura de Fernando Belaunde Terry. Se recordará que había sido candidato en 1956, lo habría de ser en 1962 ante Haya de la Torre, y de nuevo, triunfante, en 1963. Este grupo de

ricos hombres necesitaban diarismo, y no se confiaban en los otros que existían. Lima era una ciudad dominada por dos periódicos. El primero es *El Comercio* tal como lo conocemos. El otro, era *La Prensa* de Pedro Beltrán. Y ese fue nuestro rival. Una empresa tan rabiosamente empresarial que su director había impuesto que de ninguna manera hubiera página de cultura. La cultura (las exposiciones, el teatro, los libros) no es producto mercantil en Perú, en consecuencia, sostuvo, no interesa. Era un diario, o quería serlo, de hombres de negocios. Y todo esto, antes del triunfo planetario del capitalismo, en los tempranos sesenta. Beltrán, por interesarse en algo, no iba ni al cine, acaso una partida de golf, lo que sí hacía era trabajar. Conocí su oficina, era un gabinete londinense en pleno jirón de la Unión, estrictamente en penumbra con una gran lámpara sobre la atestada mesa de trabajo. Quiso llevarme a su diario, oferta que agradecí y decliné, aunque me propuso varias veces más de lo que lo ganaba en *Expreso*. La figura poderosa de ese hombre formado en Londres, de indiscutible inteligencia, gravitaba en el país, su concepción de la modernidad como intransigencia ultraliberal, antes de la actual globalización, sin que nada de eso hiciera de Pedro Beltrán ni un demócrata seguro ni un hombre para los cambios, aun los mínimos, que el país precisaba. Ciertamente, había combatido a Odría, pero luego de apoyarlo, de inventarlo y destruirlo, eterno conspirador. Su norte ideológico, fuera de los buenos negocios de exportación de azúcar y algodón, se reducía a un antiaprismo consumado que el tiempo fue volviendo un anticomunismo sin matices, uno de sus colaboradores cercanos era Eudocio Ravines (quien había jurado que Haya de la Torre no sería nunca presidente mientras él estuviera en vida. Y fue así, Ravines ganó. Eso también es el Perú). En contraste, Belaunde iba apoyado, en ese entonces, no sólo de su propio caudal, un vasto partido mesocrático que pescaba en las mismas aguas electorales que el aprismo, sino por dos suertes de aliados: los demócrata-cristianos de Cornejo Chávez y los comunistas muy formales del PCP. Una tonalidad sino roja, progresista, con ribetes de riesgoso empeño de ponerse a la izquierda (moderada) de todo el espectro político. El diablo en persona. Manongo sacó adelante un diario que a despecho de sus finalidades políticas (¿cuál no?) era de información. Era un corte, una fractura. Después nacieron otros diarios. Después.

Para que *Expreso* caminara necesitaban de una planta periodística, y tuvieron varios golpes de genio. El primero, conseguirse de director a un no-periodista, a un peruano excepcionalmente culto y bien formado que había hecho vida de funcionario internacional. Su nombre es José Antonio

Encinas del Pando. El segundo acierto fue poner como jefe de redacción al genial, neurótico, único, Raúl Villarán, uno de esos monstruos de talentos, de quien todos los defectos y todas las virtudes que se le atribuyen son ciertas. Alguien que era capaz de vivir 24 horas en el diario hasta sacarlo adelante, y luego, establecerse, cama adentro, en el mismo (Cf. G. Thorndike, *El caso Bancharo*). Cuando nos veía partir, a los jóvenes editorialistas, no podía dejar de decirnos: «¿Qué tipo de periodista es este que se va a dormir a su casa?» Para el gordo Villarán el periodismo era una profesión del exceso, un oficio ligado por vasos comunicantes a los bares y cantinas, a los restaurantes de paso y los hoteles de mala muerte, a los burdeles, al trago y la coca, no importa; un periodista era un cruzado de la primicia, un asaltante perpetuo del cielo de la información, siempre listo, sin familia, sin vínculos otros que los necesarios, un fotógrafo y algún chofer. No exagero, muchos años después cuando me preguntaron si había conocido a un santo, si la santidad se juzga por un exceso incomprensible; sí, respondí. Y pensaba en el gordo Villarán.

Mujica Gallo, Encinas del Pando, Raúl Villarán. El primero era un entusiasta, había acompañado a Porras cuando este fuera embajador en España, porque nuestro maestro, un oso para ciertos usos protocolares, necesitaba del *savoir-faire* y la renta del amigo potentado. La cultura de Manongo venía de su atención por elegir amigos, y escucharlos. Su tablero de caza (no me refiero al hermano, que si los cazaba, leones, osos, elefantes, como consta en el Pabellón de caza, en Monterrico) lucía a Picasso, Dominguín, ministros franquistas y poetas republicanos. De todo, y en Lima, hasta este muchacho, que no tenía gran cosa que decir, fue invitado al Club Nacional, y a su casa, abierta y dispuesta con generosidad de marqués de otras edades. Pocas veces he conocido un hombre más bueno, más culto, más simpático y con tanta ilusión en gastarse los cobres para que este país saliera adelante. A Encinas lo pusieron a que hiciera navegar la extraña nave. Encinas era todo lo contrario de Villarán. Casado con norteamericana, una gringuita finísima, había estudiado en Harvard nada menos que filosofía y economía. Era hijo del famoso Encinas educador, el amigo de Mariátegui e insigne Rector rojo de San Marcos en los años treinta y creador de métodos de pedagogía indigenista. El que conocí, físicamente muy parecido al padre —color puneño y hasta unas chapas sonrosadas que no se le fueron ni con los años—, era políticamente un moderado, pero con una apertura de espíritu, una curiosidad y un respeto por las ideas que pocas veces he encontrado en mis andanzas, y nunca más, con ese ardor de

tolerancia, en Perú. Al director y a los propietarios del diario, en este país que desprecia a los jóvenes y a la inteligencia, se les ocurrió la inusitada idea de reclutar jóvenes intelectuales, que resultaron "progresistas" o social-cristianos, y en esencia, libres. A unos invitaron, otros entramos por concurso, el caso es que así se formó la extraña planta de *fellow* como nos llamaba Encinas. Es decir, Abelardo Oquendo, Lucho Loayza (que ya se había leído todos los libros), Raúl Vargas, Luis Rodríguez Mariátegui, Carlos Espinosa y yo. En el exterior teníamos un corresponsal, tan joven como el resto, llamado Mario Vargas Llosa, que justo acababa de ganar un concurso de novela en Barcelona.

Éramos un grupo de jóvenes bastante puritano, es decir, llegábamos al periódico, escribíamos o salíamos a alguna comisión o entrevista, regresábamos, entregábamos nuestro artículo, nota o editorial, y nos íbamos a casa. No pasábamos por el bar cercano, teníamos las uñas limpias, no coqueábamos, no íbamos de putas, un desastre. Los periodistas veteranos nos observaban con asombro y predecían que no podíamos durar mucho en el oficio, o que éramos marcianos, o probablemente, una suerte de maricones. "De los peores" decía en mi delante, don Raúl Villarán, mientras devoraba un enorme sandwich. En realidad, éramos la parte pensante del diario, el equipo de editorial. Pero a don Raúl, reconocer que tan jóvenes y tan sabiondos, encima, controlados y relajados, vestidos con corrección y eternamente con corbata —no fuese que saliéramos zumbando a una cita con algún ministro, hombre de negocios o experto para completar la información para uno de nuestros malditos y anónimos editoriales—, era algo que lo enfermaba y a la vez lo intrigaba y admiraba. Me acuerdo que me invitaba a almorzar para escucharme, mientras le temblaba la mandíbula, entre furioso y entusiasmado. Un día me paró en las escaleras, con un borrador de un artículo mío en ciernes y que le había confiado el propio Encinas. «Lo he leído», me dijo, «y ni un error». Y luego con tono de total ira, gritó, mientras se alejaba: «Riva-Agüero, Riva-Agüero». Nunca supe si era un elogio o una injuria, o probablemente ambas cosas.

Fue divertido. Ocupábamos el tercer piso los del *staff* de Encinas del Pando, apóstoles de la moderación, como nos llamaba la vorágine rugiente de (verdaderos) periodistas; ellos, se distribuían en el segundo piso, donde se hallaban los bravos, los reporteros de Raúl Villarán, los jefes de sección, el especialista de deportes, el de criminales, el de casos raros, y entre ellos,

mañana, tarde, noche y medianoche, el jefe de todos, Don Raúl, nuestra versión más aproximada al *Citizen Kane* de Orson Welles, vestido con un traje de rayas y con tirantes salido directamente de una película de gánsteres, quien los miraba a todos (furioso) desde su propio despacho, tras unas grandes lunas – "la pecera" – y los movía como piezas de ajedrez por la ciudad, empujados cerca de la información, a bares con informantes y a comisarías, mientras pasaba la hora, y crecía el malhumor, y no pasaba nada, nada que poner en los titulares, ni un accidente en la carretera norte, ni un inesperado suicidio, nada. Villarán, desesperado, le decía entonces a su secretario «anda a la morgue». La morgue era el archivo particular del jefe, donde había un cajón que decía, atroz, sencillamente, SANGRE. La carpeta reunía una serie de refritos, crónicas pasadas sobre crímenes horrendos, descarrilamientos de trenes en la India, confesiones de monstruos, lo que fuese, el lector tenía que llevarse algo succulento para la lívida mañana siguiente en que se abren los diarios. Villarán, maestro, donde te encuentres, el periodismo es la modernidad morbosa, el descenso a los infiernos mientras se toma el café matutino, quien te puede llevar la contraria.

Encinas admiraba al gordo Villarán, pero lo recíproco no era cierto. A veces, el gordo se sentaba a comer uno de sus lonches, donde el japonés, al frente del diario, o sea, seis tasas de café con leche, realmente seis, alineadas una tras otra, delante de cada una, un chancay. Ahí lo encontraba, mientras vigilaba la salida de Encinas. «Lo odio, lo odio», me decía. Y luego tranquilo, sonriente, agregaba «ahora ya puede uno irse a trabajar cuando los señoritos se retiran», y me soltaba una teoría, por lo demás bastante coherente, sobre cómo las naves de los ingleses victoriosos lo eran por la calidad de los segundos y no de los oficiales. Esa era otra, el gordo tenía una erudición kilométrica. Muchos años después, pero de verdad después de muchos, en un restaurante limeño, me di que don Raúl, estaba a mesa por medio de la mía. Yo residía en Francia, estaba de paso, pero por lo que le escuché, y no podía impedir el escucharlo, un grupo de banqueros lo habían invitado para ver si sacaban un diario. El gordo se despachó sobre Baudelaire y la poesía maldita, nada mal. Los banqueros, que pagaban el suntuoso ágape, estaban francamente desconcertados. ¿A qué venía una disertación sobre la literatura francesa del siglo XIX? Esperaban que el creador de tantos diarios limeños (*Última Hora*, *Expreso*, *Correo*) les hablara de costos y precios de bobinas de papel. La cosa es que cuando se puso de pie para irse, don Raúl hizo un esfuerzo para pasar por mi mesa, y decirme,

ante la estupefacción total de sus anfitriones: «Neira, ¿qué tal estuve?». Se lo conté a un amigo que me respondió así. «Todo Lima sabe que el gordo Villarán se está muriendo. Los banqueros que has visto, de todos modos, no lo nombrarían. Lo han invitado a ese restaurante, que es carísimo, para sacarle información. Villarán que estará moribundo pero que igual de tonto no tiene ni un pelo, te ha dedicado su conferencia para echarte una flor, y ante los banqueros, para joderlos». Y una vez más, me tuve que sacar el sombrero.

Fue una escuela de vida. De Manongo Mujica, cómo olvidar la curiosidad renacentista sin otros límites que la plusvalía que podían generar sus haciendas, liquidadas por los bancos. De Encinas, la cultura permisiva, tan extraña a las poquedades limeñas, y de los redactores, ese periodismo de candela, de calle y carretera por delante, que no me dejaba de gustar. Por temporadas, le pedía a Villarán trabajar como reportero para practicar. Ocurrió por períodos breves (vivía entonces entre comuneros andinos, me perdía en la amazonía; atravesaba la frontera clandestinamente para probar que se podía contrabandear armas). Normalmente, dependíamos de Editorial. De Encinas. Cada mañana, se abría el día con una reunión, donde discutíamos y se sugería un tema. Mi obligación era un artículo por día. A veces no podía. Al inicio de esa vida, llegaba a las 8 de la mañana y me retiraba a las 9 de la noche. Matilde venía a recogerme, compadecida. Fue una experiencia apabullante. Pero aprendí a escribir. Al final, llegaba a las 8 y me iba a las 12. Volaba sobre el texto. Como formadores de opinión, comenzábamos a hacernos escuchar. *La Prensa*, no se crean, tenía un inquieto y no menos escuchado grupo de opinadores. Zegarra Russo, Jorge Luis Recavarren, Arturo Salazar Larrain, Enrique Chirinos Soto. No me gustaba para nada sus ideas y ese proyecto de un Perú cipayo, pero confieso que escribían bien. Incluso, muy bien. Ese contrapunto me inspiraba y me obligaba a indagar. La indagación, como se habrá entendido, se hacía entre papeles pero también calzado para largas caminatas.

Olvido decir, pensando preferentemente en mis crónicas firmadas, que éramos editorialistas, es decir, redactores anónimos de editoriales. Como los puntos de vista no lo escribe el aire del tiempo, alguien tiene que hacerlo, el indicado era José Antonio Encinas del Pando, director. Encinas era una cabeza política, un hombre con un rigor inoculado por Harvard, acaso con mucho de la dureza puneña del célebre padre. Pero hombre, en materia de escritura, de estilo escueto, excesivamente racional. Tuvo el

talento de conocerse a sí mismo, de conocer sus límites, y para paliarlos, tuvo la afortunada idea de rodearse de nosotros, un *staff* para usar sus términos. Paradójicamente, los del *staff*, ese puñado de jóvenes, conocían el país del cual Encinas había estado ausente casi toda su vida, y acaso, las artes perversas y capciosas de la retórica.

El método Encinas consistía en pasarnos unos breves “memorándum”, en papel azul, vaya usted a saber por qué. Cuando la secretaria los distribuía, con aire zumbón, el beneficiado sabía que tenía un editorial por delante, y no era un regalo, llevaba buen tiempo de trabajo, investigaciones precisas (con expertos, los más enterados) y largas conversaciones con el propio director. Adiós artículo firmado, que era lo que me gustaba, sin que lo otro me produjese náuseas. Hacíamos análisis de coyuntura, como si tal cosa. Como se comprenderá, he renunciado para siempre a recuperar esos editoriales. Me es imposible distinguir cuales escribí y cuales los confié Encinas a otro, que bien pudo ser nuestro jefe de editorial, del que poco he hablado, Raúl Deustua, un exdiplomático, cierto tiempo. O Walter Peñaloza, después. Igual, si pudiera ubicar esos editoriales, sería imposible determinar donde comienza lo propio o lo ajeno. Dos palabras sobre nuestros jefes editorialistas. Ambos tenían en común una enorme cultura. La de Raúl Deustua, era anglosajona y más bien económica y jurídica. Deustua era una persona encantadora, y un emigrado espiritual. Recuerdo que un día, a la salida de *Expreso*, queriendo ir al cine, intenté arrebatarle el diario que llevaba bajo el brazo, pero se debatió como un demonio para no cederlo. «Sólo quiero ver la cartelera, Raúl», insistí. Fue peor. No sé cómo conseguí quitárselo, para ver los cines limeños, y me encontré con la edición del *New York Times*. Raúl adoraba la ciudad de los rascacielos al punto de pasearse por las calles de la Lima con los matutinos neoyorquinos bajo el brazo. Al final se fue y no volvió más. Peñaloza, es otra historia. Filósofo, docente claro y sereno según me aseguraron, combinaba admirablemente tres oficios: iba a dar clases a la Universidad, tenía un buró de consultante en un banco privado y por la tarde, recalaba en la sala de editoriales de *Expreso*, todo esto, muy tranquilo, muy pausado, un témpano de amabilidad, siempre sonriente, distante como un gato. A Carlos Espinoza y a mí, nos divertía el juego de Peñaloza con una chompa de lana que llevaba puesta o colgada, según un orden que sólo él, ni su mujer, conocía. Tenía una teoría sobre los calores y fríos de Lima, que debería ser cierta, puesto que nunca lo vimos resfriado. Llegando, se sacaba la chompa. Como Encinas lo llamase (la oficina de Encinas estaba refrigerada como Cincinnati

en verano) se la ponía. Cuando se iba, se la sacaba, pero antes de tomar el colectivo (los taxis por puestos que nos sacaban del centro de Lima) se la volvía a poner, para enfrentar las lunas abiertas. Más tarde, cuando Belaunde fue presidente, lo nombraron embajador en Alemania. Cuentan, no sé si es verdad, que un impedimento a su nombramiento era que alguien alegó en Torre Tagle su poco dominio del alemán. Peñaloza fue a ver a Belaunde, y le prometió que seis más tarde sabría el alemán. Se fue a estudiarlo a Bonn, y de retorno, pidió una cita presidencial, para decir, con ese aire de no matar una mosca: «ahora, ya hablo alemán». ¿Qué hacer con tipos así? Lo nombraron.

Pero *Expreso* no éramos sólo nosotros, ni el mismo Encinas. Era un listín de ideas nuevas en un producto destinado al quiosco de la esquina. Lo popular en Perú ha sido siempre un poco zafio, y a lo zafio se acudió. La redacción fue reclutada, como en otros tiempos se reclutaba vaporinos, bajo compromiso a todo los riesgos. La manera de vivir el periodismo entre el *staff* de editorialista cultos y los gacetilleros era grande, pero una rara combinación de rechazo y simpatía se estableció entre las dos tripulaciones, los fríos y ya de vuelta de todo de jovencitos de la página editorial, y los reporteros de planta, piratas de abordaje, que salían a las comisiones de la redacción. Villarán, en esos tempranos sesenta, hizo practicar, en suma, un periodismo *avant la lettre*, ya "chicha", con reportajes altisonantes en los que el tirano redaccional tenía que hallar, no sólo dolor y lágrimas como en la conocida frase, sino revelaciones escandalosas, pus social, so pena de rugidos, mentadas de madre y reenvío inmediato a casa para un reposo sin salario del desgraciado periodista; todo ello editado junto a un par de páginas exquisitas (para Lima) donde se lucían anónimos y circunspectos editoriales (obra de alguno de nosotros y la pasada de pluma de José Antonio Encinas) que, por el tono a la vez liberal y progresista, parecían arrancadas a diarios de otros países y circunstancias. Una combinación atractiva de periodismo culto y vulgar. El esperpento periodístico y el análisis político con mucha diéresis y escalpelo, en principio, no debían, no podían cohabitar, pero así lo hicieron. El primero decía francamente como el país en realidad era, el segundo como el país podía pensarse, enmendarse, y dejar de ser lo que era. Era una locura, pero caminó. El resultado fue un producto divertido, absurdo y sabroso, en el fondo, bien peruano, combinado como un chifa criollo. Las malas lenguas limeñas decían que el *Expreso* de Encinas y del gordo Villarán era el matrimonio de

un profesor de Yale con una puta del Callao. Y eso es lo que fue. Y una de las mejores experiencias de mi vida.

Del criterio político.

Hay una pregunta esencial que debo formular sin hipocresía ni falsa modestia: ¿Qué hacía gente tan joven, en la circunstancia peruana, a comienzos de los sesenta, en la planta editorial de un diario serio de Lima? ¿En un diario que venía a influir en las clases medias y altas, que propiciaba una candidatura presidencial, y que acabó por, de alguna manera, imponerla? La empresa periodística naciente requería de un personal distinto a los otros diarios, pero distinto no quiere decir necesariamente nuevo o joven. Disipemos el malentendido, no estábamos ahí por ser jóvenes, sino a pesar de serlo. Reuníamos, es preciso decirlo, una rara densidad de experiencia. Los pocos años era lo de menos. En lo que me concierne diré que al llegar a las puertas del diario que nacía, ya era alguien fogueado. Para bien o para mal, en la vida peruana se milita tempranamente. La universidad, el partido, en el diario comunista *Unidad*, firmaba. Pero la intervención de Raúl Porras fue decisiva. Por deferencia suya, como su secretario, conocí el interior mismo de la maquinaria del Estado y viajé a Buenos Aires en la delegación oficial. Mi primer pasaporte tuvo sello diplomático. Tenía 21 años. Acompañé a Porras ministro en las mismas condiciones a Bogotá y Caracas. Por discípulo suyo, conocí y frecuenté a los grandes del Perú: Haya de la Torre, Basadre, a Víctor A. Belaunde. Muerto el maestro, continué ganando importantes concursos, y publicaba. Era joven pero no era un don nadie. Me contrataron.

Sin duda fue una suerte. Contó mucho el peculiar nacimiento de *Expreso*, *ex nihilo*. Quiero decir que no nacía con la hipoteca de pertenecer a algún clan familiar. En Lima, lucir un gran apellido, aunque no se tenga talento, permite el alegre ejercicio del periodismo. *Expreso* no era una herencia. Encinas y también Manongo habían impuesto, además de los requisitos señalados, uno que quiero subrayar. Entrábamos a su planta editorial por un tiempo indeterminado (en mi caso fueron cinco años) pero no para hacer política, es decir, para servirnos de sus páginas y volvernos figurones y candidatos. Nos habían llamado para opinar sobre lo político, que no es lo mismo. No quisiera que estas líneas se tomasen como una crónica generacional, pero me saldré de lo confidencial para observar que ninguno de los mencionados –ni Raúl Vargas, ni Abelardo Oquendo, menos Luis

Loayza que se fue del país—, optaron por un papel directo en la vida peruana, en cambio, siguieron ejerciendo de críticos y observadores. El tener criterio, facultad con la que amanecieron en *Expreso*, no les ha abandonado. Lo cual no quiere decir, naturalmente, que tengan siempre razón. Siempre, nadie la tiene.

¿Qué es tener criterio político? No tiene mucho que ver ni con la sensatez ni con el arrojo. He aquí una pregunta oportuna en este momento de la argumentación del presente texto. Una respuesta, brillante y original, se halla en uno de los últimos textos del gran liberal Isaiah Berlin, un escrito póstumo, publicado en 1998 (3). Berlin parte de lo más trillado, preguntándose por qué los genios políticos y los individuos con competencia en la materia dan la impresión de saber las cosas por anticipado (también los consejeros, no sólo Fedérico de Prusia sino Goethe, no sólo Bonaparte sino Talleyrand). ¿Es que son monstruos de frialdad, ajenos a las pasiones y sentimientos que nos ciegan? Berlin comienza por descartar la posibilidad de que existan una suerte de destino o de movimiento inexorable, una recóndita realidad oculta al espíritu humano. Gran especialista del romanticismo, elimina esa superstición intelectual, así como la tentación contraria, la cientista. La política no es una ciencia objetiva que pueda enseñarse a los hombres de Estado, cómo se enseña mecánica, física o matemáticas. Suponer que se organiza por leyes, y en consecuencia, se somete a hipótesis, como las ciencias naturales, fue la tentación de Hobbes y de Spinoza. Berlin es irónico con las escuelas filosóficas y científicas de Holbach, Helvétius y La Mettrie en el XVIII hasta el positivista Spencer. Como liberal, lo irritan, porque preparan la confortable creencia en unas reglas de la historia que, con contenidos distintos de raza y de clase, conduce a Lenin, Stalin y a Hitler. Ahora bien, si el criterio político no es ni ciencia ni olfato ¿qué es? ¿Cómo razonan los enterradores de Imperios, o aquellos que los salvan como Churchill? ¿Y a favor de guerras, crisis y revoluciones? La cuestión no es trivial. Porque la historia no ha concluido, ni el porvenir es un pozo de dicha.

Isaiah Berlin sugiere un rasgo común en los grandes políticos. Se trata de la sensibilidad al acontecimiento. Se refiere a París en 1791, a Petrogrado en 1917, Budapest en 1956, Praga en 1968 y Moscú en 1991. La explicación del talento político se resume en Berlin a dos observaciones sencillas y enormes, dignas de un espíritu como el suyo. La primera es que el político de raza enfrenta la realidad en tanto que caso particular. «Una atmósfera única»,

sostiene, y en ella «una combinación específica de factores económicos, políticos y personales». Esta actitud, me permito observar, separa al que posee criterio de la gran mayoría de la humanidad. Es corriente que expliquemos los fenómenos de la agitación política y de lo inesperado, como la actividad de algún "demonio", vale decir, historia, clase social, destino, fatalidad, o complot extranjero. Pero el gran político no cree en "demonios", o fuerzas históricas invisibles. Ahora bien, si el acontecimiento es apreciado como tal, prosigue Berlin, la dificultad estriba en que no se le puede comprender siguiendo reglas cartesianas, empíricas, o de métodos hipotéticos deductivos. No porque esos métodos no sean válidos, sino simplemente, porque no hay tiempo. ¿Qué hacer ante una crisis? ¿Ante una huelga salvaje, la insurrección de la policía, o un crack financiero? La instantaneidad de la comprensión de lo que ocurre y la respuesta pertinente, es lo que llama Berlin, el criterio. Señalaré, de paso, que la arquitectura mental es la misma en el banquero, el político, el consejero de Estado, o el analista político. En las dos primeras categorías, la comprensión lleva a la acción. En las otras dos, la comprensión lleva a la opinión, privada en el valido tras el trono, o pública en el periodista. La diferencia, sin embargo, es de grado y no de natura. Entender, y en caliente, antes que los demás.

Berlin, hablando del gran político, lo describe en estos términos: «Su talento supone la capacidad de integrar una vasta amalgama de datos en perpetuo cambio, una realidad multicolor, huidiza, contradictoria». La metáfora a la que acude es un enjambre de mariposas en vuelo. Así, no se puede proceder por etiquetar, clasificar. Ante los desperdigados hechos, la inteligencia política es comprensión inmediata y sintética. Ese conocimiento fulminante, al que le solemos dar nombres como intuición, perspicacidad, sabiduría natural, en realidad, es una forma de inteligencia, pero no es la de un Einstein o un Copérnico. Ni menor ni mayor, distinta. Para Berlin, es una manera particular de razonar. Global, súbita, combinatoria. Los datos heteroclíticos se integran. Y surge, entonces, "la extraña armonía de lo disímil". Berlin encuentra la misma disposición en personajes que jugaron papeles distintos, en Catalina de Rusia, Cavour, Disraeli, Gladstone y el turco Ataturk, en el mencionado Talleyrand y en Franklin Roosevelt, en grandes demócratas y, pese a su rabieta de convencido liberal, en figuras del totalitarismo del siglo veinte. En suma, comprensión instantánea de la vida pública, capaz de distinguir lo importante de lo pasajero y trivial. Es el criterio lo que habita, por igual, a los grandes conservadores y a los grandes

revolucionarios, porque es don, disposición, y no ideología. También se halla en algunos grandes observadores, ocasionalmente novelistas. Acaso un Tolstoi, *Guerra y Paz*. No, la novela no es el único modo de entender la existencia. Pienso más bien en John Reed, *Diez días que cambiaron el mundo*. Pienso en Alexis de Tocqueville, su profecía lúcida que dice en 1840, cómo habría de ser los Estados Unidos antes que los propios norteamericanos lo supieran.

Naturalmente, yo debería desarrollar ahora "qué es lo importante". Pero este es apenas un comentario y no un tratado de Teoría de la comprensión y la acción política. En todo caso, aquí cabe recordar la cuestión semejante que le planteó un reportero a Lord Keynes. Cómo se gana en la Bolsa? Keynes era célebre no sólo por sus obras y posturas, sino por la fortuna que logró jugando a la bolsa. «Es fácil», dijo, «usted compre los valores que suben y venda los que bajen». El joven reportero anotó cuidadosamente, y volvió a preguntar: «pero, ¿cómo hago para saber qué sube y qué baja?». Y Keynes respondió: «Si usted hace ese tipo de preguntas, no juegue a la bolsa». Pues bien, si el político no tiene claro el cielo de las ideas, y carece de criterio, no sabrá distinguir lo trivial de lo decisivo. Sin criterio tampoco se debería aceptar puestos de comentarista, en los grandes diarios. Puede, sin embargo, que se sepa hacer dinero, enseñar, y hasta ganar algún Nobel científico o literario, pero la realidad y el curso caudaloso y cruel de la historia viva permanecerá opaco, y cuando se entienda, si se entiende, será irremediabilmente tarde. La política, como el periodismo, es una prueba de velocidad.



Mi vida en *Expreso* culmina con las crónicas cusqueñas de las invasiones de tierras. Sebastián Salazar Bondy y Manuel Scorza tuvieron la iniciativa de recogerlas y publicarlas. Fue *Cuzco, tierra y muerte*. El libro sale en 1964, tiene un inmenso éxito, y el premio nacional de periodismo lo recibo cuando estoy en París. Lo menciono aquí, agradecidamente. Pero no debe pensarse que todo era rosas, había también espinas. Esas crónicas eran el producto de mi voluntad de decir las cosas tal como las veía, — «sorprende su sinceridad» — comentó Estuardo Nuñez, eran el resultado de la libertad que nos dejaba Encinas y la tolerancia de los dueños. Porque esas crónicas

sacaban la cara por Hugo Blanco, entonces, en prisión, y con pena de muerte. Las espinas y las flores vinieron de donde no puede uno imaginarse. El periodismo, como toda figuración, provoca envidias. Cuando comencé a escribir, Jorge Basadre me dijo: «No se olvide que cuando su nombre sale en tintas y en un diario, alguien en el Perú sangra». Muchos sangraron, y lo digo con pena, de los que creí mi campo intelectual y político. En la izquierda intelectual, lejos de alegrarse, el libro irritó tanto que una ONG de la época, una de las más viejas, de las más serias, de cuyo nombre no quiero ni acordarme, se estableció la consigna de que a mí, ni se me mencionaba. ¿Tan políticamente "incorrecto" eran mis escritos sobre los campesinos sublevados? Como son las cosas, dije lo mismo, mejor dicho, dejé hablar a un campesino, a Huilca, diez años después, y por eso mismo, los cubanos, me dieron el Premio Casa de las Américas. Mi libro del 64 me abrió y me cerró puertas. Me las abrió, la descripción de la revuelta rural, una suerte de antropología política hecho en lo vivo, llamó la atención del gran John Murra, quien a su vez, le recomendó mi trabajo a François Chevalier, de paso por Perú, quien a su vez buscaba un colaborador para formar parte de un equipo de investigación suyo en París. Era tiempo de irse. Ni me echaron ni salí peleado, todo lo contrario. Todavía de París enviaba colaboraciones. Una de ellas, a la muerte de Sebastián. Nunca sabré si pude o no quedarme en el *Expreso* de Ulloa, prefiero no conjeturar. Encinas, en todo caso, fue nombrado embajador en Austria. Manongo se fue a España, donde seguimos siendo amigos. Nadie lo podrá creer, pero habiendo participado en un diario que hizo un presidente, no pedí nada. Está claro, no sirvo para la política criolla.

El adiós al Perú de los sesenta. ¿Por qué? Las melancólicas intuiciones

¿Por qué me alejé del Perú? ¿Por qué se va alguien que recibe premios y distinciones? Nada es más difícil que la introspección, el examen interior. La memoria puede ser un hermoso cuadro vacío. La unidad humana no existe, "somos muchos" ha dicho Gide. ¿Cómo puedo hablar en nombre de ese muchacho que escribió esas páginas? Puedo, en todo caso, recordar. El ejercicio corre el riesgo de ser elusivo, un personaje de *La Lutte avec l'Ange* de André Malraux, cuando vuelve a la aldea; todo lo que atina a decir para explicar su ausencia es «llevo en mí el descubrimiento de un secreto sencillo y sagrado». El Evangelio narra las palabras y la alegría del padre al retorno del hijo pródigo. Pero no menciona las palabras de quien vuelve.

Una respuesta rápida es que todo es cambiante en Perú y *Expreso* por ejemplo, después de Encinas no sería el mismo. Otra respuesta, sin duda en parte sincera, es que me alejé para emprender estudios superiores en Europa. Quisiera ahondar en ella. Bien mirado, es una media verdad, porque de una parte, no justifica el que me quedase tantos años. Los sudamericanos que realizan doctorados de investigación en el extranjero suelen ausentarse un par de años, a lo sumo tres, se ponen al día, absorben las escuelas y corrientes más en boga, y con la velocidad mental que se les reconoce, adquieren algunas destrezas y luego vuelven. Por lo general les espera una carrera de docente en su propio país. No fue mi caso. Cuando obtuve un par de diplomas y podía partir, decidí lo contrario. No es mi intención extenderme sobre lo bien fundado de la grave determinación que tomé, y que comuniqué a mi asombrado director de tesis, Jean Meyriat de la Fondation Nationale des Sciences Politique de París (que me entendió y ayudó). Quería, para decirlo brevemente, evitar de convertirme en uno de sus doctores sudamericanos que adquieren unas técnicas, aplicaciones, en realidad una hilacha del saber científico, y que vuelven para repetirlas, pomposamente, unos treinta o cuarenta años, y vivir de eso. Quise quedarme para llegar hasta el núcleo duro de la máquina del pensar, a la producción de conceptos. Pero una cosa es esa aventura intelectual de la cual no es cuestión en estas páginas, y otra, las razones por las que me daba tiempo. O dicho de otra manera, ¿qué pronóstico tenía del Perú en el que la prisa no ingresaba? La rememoración, como lo saben mis amigos psicoanalistas, es el trabajo más difícil sobre sí mismo. Ahora, ante estos textos, me he preguntado qué vi en la sociedad peruana de los años sesenta, qué triste revelación, qué cantada enigma.

Lo que voy a desempolvar viene a constituir como el subsuelo de los artículos míos en el *Expreso* de los sesenta. Fueron vislumbres, no estaban del todo claros en mi conciencia, los de un Perú inmovilizado por años y años, visión terrible para mis ojos juveniles, pero ella me habitaba, estaba tácita o explícita, en esas crónicas. Ahora me doy cuenta, son el revés de la trama de mi prosa de entonces, el nudo oculto que hace que el tramado no se deshaga. Sin embargo, tengo un escrúpulo, aunque laboriosas y escondidas hipótesis, no fueron formuladas en su tiempo de esa manera. No era aun sociólogo. Así, llamaré, a las afirmaciones de los 60, **intuiciones**. El docente que soy, luego de exponerlas, las reconvertirá en nociones de las ciencias sociales, en **categorías** universales y codificadas.

Dicho con sinceridad, creo que partí convencido de dos melancólicos pronósticos, los siguientes :

a) **La revolución no iba a venir de las clases populares.** La Revolución, temida o deseada, que se esperaba al inicio de los sesenta. Mi experiencia personal, mi propio origen popular, me apartaba de la superstición del revolucionarismo de los pobres, frecuente en las vanguardias de esos días, una creencia que se acrecentó hasta su paroxismo en los años ochenta, acaso porque entonces gran parte de los militantes de la izquierda provenía de sectores medios y hasta altos. Había trabajado en la militancia comunista lo suficiente para saber que era muy difícil convencer a un verdadero obrero de arriesgarse. Por lo demás, la experiencia de la movilización campesina que seguí, describí, apoyé en *Cuzco, tierra y muerte* (1964) me hizo, ciertamente, descubrir una cantera de rebelión, pero también su especificidad, su radical incompatibilidad con el dogma guevarista. No, la revolución no vendría tampoco del campo, sin duda habrían revueltas rurales por la tierra, pero no por el abstracto poder, finalidad de otras clases, fuera de la conciencia de lo posible para las masas andinas. Por sostener esta tesis, me aislaron. Insistí y en París, publiqué, en vida de Guevara, un trabajo sobre esa lógica de la revuelta india que no entraba en la línea correcta de la lucha armada (revista *Partisans*, 1966). Me clasificaron de trotskista. Por entonces, una manera de deshacer de alguien (4).

b) **Los cambios no iban a venir de las clases dominantes.** Había discutido con Haya de la Torre y conocido a Fernando Belaunde. Los apreciaba, sin mayor entusiasmo. Pero conociendo cada vez más y mejor a la oligarquía de la época, estaba seguro que no podrían ir, ni el uno ni el otro, muy lejos. Los de arriba querían que nada cambiase. Más aun, frecuentando a los grandes intelectuales del momento, de Jorge Basadre a V.A. Belaunde, descubrí que estos no eran apagados conservadores, como la tenaz inquina los etiquetaba, ellos tampoco contaban. La clase dominante, en ese momento, muy poco letrada, estaba muy lejos de considerarlos sus "intelectuales orgánicos". Ni los escuchaban, casi ni los leían, menos aun, el seguirlos. En Lima, los de arriba, siempre festejaron y conversaron, pero leyeron poco, es decir, cuando se trata de pensar, son tan gráciles como un rinoceronte, de modo que tampoco por ahí.

Ahora bien, cuarenta años después, estoy en condición de afirmar que esas dos intuiciones se ajustan paladinamente a dos o tres grandes hipótesis

sobre la evolución de las sociedades de la Teoría Social. Concretamente, a Marx, a Pareto (lo endógeno) y a una combinación de Durkheim, Weber y Schumpeter (lo exógeno). Es Marx —cuando pensaba que el cambio podía (o no) venir del conflicto interno de las clases sociales, siempre y cuando los campesinos, obreros y otras categorías explotadas, lograran vencer la inercia social— que los separa de la rebelión. Las razones por las que no ocurrió así sobrepasarían este texto. A lo que voy, en mi primera intuición no habría tal explosión, y lo siento mucho, no la hubo. No me alegro, ni quiere eso decir que el país en su conjunto se aburguesara o mejorara por otros caminos reformistas, al contrario.

La segunda intuición, ahora lo comprendo, cabe entera en la hipótesis de transformación social enunciada por Vilfredo Pareto, que entonces ignoraba, la de "la circulación de las élites" (en especial en el *Trattato di sociologia generale*, 1916). Por reaccionaria que parezca, es posible. La enuncio brevemente. Todas las elites se fijan como meta el mantenimiento de sus privilegios, para lo cual, algunas, se renuevan. En ese caso, se pone en marcha una serie de mecanismos que abren a los individuos y grupos la igualdad de posibilidades, a la vez que un proceso de selección. También hay un cambio de valores. Esa revolución desde arriba, a veces, se ha dado. Es el caso del Japón de la revolución Meiji, a fines del XIX. Es el caso de la España posfranquista, la España de la transición, que tanto apreciamos, sin estar dispuestos a parecido esfuerzo. A veces falla, como en el final de la URSS. Acaso está en camino, para la China capitalista-comunista de estos días. Pero eso tampoco ocurrió en el Perú. Eso fue Velasco, y no se pudo. Desde entonces, las élites la han evitado. Fujimori es precisamente todo lo contrario. Vladimiro Montesinos es un destructor de élites.

El modelo Marx/Pareto, de masas o de élites, según cada caso histórico, confía la transformación al proceso interno de las sociedades. Se le llama, entonces, "endógeno". Pero otro proceso es posible. Una sociedad tradicional puede modificarse debido a impulsos, iniciativas o imposiciones que le vienen de fuera (Schumpeter y otros). Se habla entonces, teóricamente, de un modelo "exógeno" de cambios sociales.

¿Es que se me ocurrió que los cambios internos no eran suficientes y había que ir a ver cómo era el ancho mundo? No sabría decirlo con certeza, pero partir de Lima era como salir de la caverna de Platón, una necesidad no sólo profesional sino intelectual, moral, vital. Y afuera, en lo exógeno, en el

occidente industrial, acaso me dije, estaba la clave. En la modernidad, aunque no usé esa palabra, sería mentir. Y por eso permanecí prolongadamente, nadé en las aguas más profundas, buscando las llaves del reino, el talismán sagrado, el Santo Graal. Me asomé a las cumbres (5). Busqué el fuego sagrado. Creo haberlo encontrado en el saber laico, el conocimiento, en la razón humana, nuestra modesta, frágil, titubeante razón. Bajo la forma ardiente del ensayo, donde se expresa ideas y sentimientos. Pero el fuego de la razón no es la llamarada de ideologías salvadoras que los peruanos esperan siempre de sus intelectuales.

Desde la actualidad, cabe plantear una postrer pregunta. ¿Qué nos hizo en algo cambiar, es lo endógeno o lo exógeno? Que el lector se ponga la mano en el pecho y responda. ¿Son los peruanos, o es lo que llamamos, como suma de todas las dependencias, salvaciones y humillaciones juntas, la globalización? ¿No cambió el mundo? ¿No ha cambiado de políticas, hasta el Imperio? Para devorarnos mejor, sin duda, pero el Perú, al entrar al siglo XXI, no debe hoy sus pocos cambios al vigor de un proyecto endógeno, sino a las transformaciones internas de las sociedades centrales, que por el peso de las mismas, luego se aplican al resto del mundo. Ya pasó hace dos siglos, en los días de la Independencia, vino de fuera. Lo exógeno nos lleva de las narices, nos hace pagar la deuda que ya se pagó, nos impone Estado de derecho, normas, tribunales. Ese finalismo planetario que conduce a sociedades abiertas, entre ellas la peruana, no me inquieta, lo que resulta paradójico es que llegue como sojuzgamiento. Asignados a ser demócratas. Obligados a ser libres. El tema es vasto, es ambiguo, es contradictorio, merece paciente análisis. No aquí.

Muchos fenómenos no fueron vistos, sin duda, en esas juveniles crónicas. Ni el aumento prodigioso de la informalidad, ni el cambio de mentalidad de los militares (Velasco) ni el poder de las creencias políticas, y eso, dos veces: la continuidad del aprismo después de Haya, y el rol de profeta del profesor Abimael Guzmán, aunque esto concierne más bien a la década de los ochenta. Por mucho que me empinara en la colina de los sesenta, no previ el efecto amplificador de la miseria, la continuidad del deterioro de la educación popular, pues venía justamente de una educación pública todavía no degradada. Pensé que la clase media iba a seguir creciendo, junto con el Estado benefactor, y de esa manera, las profesiones ligadas a la educación, la salud y la investigación. Pensé que una serie de procesos, tanto exógenos como endógenos, podían converger en una nueva forma de

hacer política. Fue al revés: volvió el caudillismo, el culto a los grandes salvadores. Esas fueron mis malas sorpresas, y la de muchos peruanos. Los efectos emergentes no producen sino retrocesos. Gana terreno la anomia, pero eso es ya otra historia, otro ciclo, y otros diarios y revistas.

Elogio (mitigado) de la errancia

El joven periodista que aparece en las fotos, no retornará. O mejor, volverá, pero a ratos, por la propia errancia. No hay que compadecerlo, es en la errancia que escribe, edita, y vuelve. La errancia no es un drama, es una situación, un estado de espíritu, y es, en esencia, una libertad. Evoca, en tono menor, el viaje inteligente, y el paseo a pie, y una palabra intraducible *la flânerie*, el vagabundaje por la ciudad, Walter Benjamin decía en *París capital del siglo XIX* que los parisinos la habían inventado. Y Pierre Larousse, en su muy serio y formal *Grand Dictionnaire universel*, le dedica más páginas que a filósofos de su tiempo. La bicicleta, y luego el automóvil, extendieron el paseo al campo y la montaña. El paquebote en los años veinte, y luego el avión, para el viaje por el ancho mundo. La errancia no es de ahora, ha sido literaria, filosófica y mística. La han practicado formalmente músicos como Gustav Mahler, filósofos como Nietzsche «marchar entre los pinos y mirar las grandes montañas detrás de uno». Para escribir *Zaratustra* se refugió en un nido de águilas. Baudelaire prefería desplazarse por la urbe. Maupassant a camello. Dickens por el inmenso laberinto de Londres. Una variedad de escritores ha hecho de la errancia un asunto absolutamente moderno. Cervantes fue el primero, su Quijote si no erra, no delira. Como si no naufraga, no se encuentra consigo mismo, Robinson Crusoe. En el siglo veinte, un linaje de aventureros, pluma en ristre, se ha perdido para hallarse. Stevenson, Segalen, Blaise Cendrars, Henri Miller, Le Clézio. ¿Solamente escritores?

Ahora bien, como hubo una literatura de viajeros y de exploración, pienso que el gran acontecimiento de los tiempos actuales es el pensamiento debido a la errancia. Este siglo XXI, ya es de un nomadismo planetario. Hasta hace poco, antes de la globalización, la manera tradicional de concebir el lugar de cada uno era un centro. Pensar requería de un lugar con sus verdades, religiosas, científicas, míticas, ideológicas. Lo que es absolutamente sorprendente es que el mundo en que vivimos, no hay uno sino muchos, y que cada uno es marginalidad y centro a la vez. Todos somos de alguna manera excéntricos. Esta fase turbulenta de la historia está

cargada de todas las virtudes y todos los peligros. ¿Promesa de libertad o moda? ¿Un desastre o una nueva oportunidad? Quien ha hecho el elogio de la errancia ha sido Heidegger, en 1930, en su ensayo *Sobre la esencia de la verdad*. Desde el punto de vista del ser, el hombre, arrojado a la vida (*dasein*) es un errante. Todo es errancia: la existencia, la vida, el planeta, la marcha de las constelaciones. Todo. "Hebreo", me explicaba un rabino, es el extranjero. Pero, cuando Abraham escuchó la voz, escuchó que le decían "debes irte". El comentario es incompleto. "debes irte, y perderte". Sólo el que se pierde se encuentra. Hebreo es eso, el que en el camino llega a saber quien es. Borges jugó con el tema, pero se contuvo, de temor a reconvertirse a la religión de Spinoza, que no es una. Precisamente por eso. Borges era un gnóstico. Cuando lo explique, si llego a hacerlo, me explicaré en 1000 páginas, o acaso en diez.

Elogio personalmente la errancia porque no es sometimiento a la mundialización sino su contrario. La mundialidad es otra cosa que la occidentalización pura y llana. Significa el nacimiento de un solo planeta que pertenece, por primera vez en la historia de la especie, a todos los hombres, que no es la propiedad de ninguna civilización, porque no hay más centro. La occidentalización de los financieros, ese es el peligro, y en particular, la norteamericanización, significa no sólo la permanencia de un centro y de una periferia sino la agravación de la misma, y las mutaciones probables en el siglo XXI del imperialismo y de nuevos colonialismos. La mundialidad, por el contrario, implica la aparición de una primera civilización transcivilizada, una modernidad fuera de la historia conocida. La errancia nos permite una apropiación del mundo y una invención sin complejos.

Pero si me encontrase con el joven de la foto, lo que es absurdo, sé que le diría de estar convencido del valor de la errancia, pero por piedad, callaría el precio pagado, la ausencia, la muerte de mis padres, las tierras extrañas que no siempre son amables. Tampoco le consolaría saber que no soy el único, tantos otros se han ido, yo al menos vuelvo, por ratos. Si me pregunta si hallé el vellocino de oro, poco importa que le diga que sí. ¿Para qué sirve si no cambiaste la historia? le escucho decir con reproche. Argumentaré que hacemos la historia pero no aquella que quisimos, es lo que sugiere Marx casi como una excusa. Ni me escuchará, el mundo ha cambiado tanto. Puedo entenderlo, acaso él, no. Este áspero sueño, felizmente, no se realizará nunca.

Notas:

(1) Cf. Introducción, *El fin de la Inocencia, Hacia la Tercera Mitad, Perú. Siglo XVI- XX, Ensayos de relectura herética*, Sidea, Lima, 1996 (pp. 17-28)

(2) El *Expreso* primero es el de Manuel Mujica Gallo, de 1960 a 1965. El segundo, el de Manuel Ulloa. El tercero, el del control por los trabajadores y periodistas, antes de la expropiación en el gobierno de Velasco. El cuarto, el retorno a los dueños. Ese es el diario donde escribió dignamente Manuel D'Ornellas. El quinto es el de Calmell del Solar y las ignominias de todas conocidas.

(3) El artículo fue publicado en el *New York Review of Books*, el 3 de octubre de 1996, como homenaje al filósofo.

(4) Hace poco he tenido la sorpresa de ver que los universitarios franceses comienzan a darse cuenta que en la América Latina hubo otras izquierdas, no menos radicales que las de la lucha armada, que creyeron más bien que la emancipación de los explotados es obra de los explotados mismos. Marx lo dijo, pero se olvidó, en beneficio de los guías de pueblos y sus partidos-burócratas. Resulta que hoy bajo el título de "comunitaristas" son citados: Hugo Blanco, Hugo Neira, Héctor Béjar, al lado de Pancho Villa, Emiliano Zapata, Camilo Torres. No es para tanto. A título de "inspiradores de movimientos comunitarios". No es exacto, la cosa es más complicada, pero es mejor que "trotskista". (Cf. Jean-Marie Lemogodeuc y otros, *L'Amérique hispanique au XX^e siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1997, pp. 30-60).

(5) No escalé el Himalaya, la metáfora es acaso demasiado ardua. Quiero decir que me apliqué en los seminarios de Lévi-Strauss, Lucien Goldmann, Ruggiero Romano, Alain Touraine, entre otros, y en Sciences Politiques, con Raymond Aron. Me interesó no sólo las ciencias humanas sino la historia de las ciencias humanas, y con el tiempo, la historia de la ciencia. Ese es mi otro lado, los estudios no-peruanistas.